

La dirección hasta Alicia Plaza

M^a José Feliu

*Universidad de Cádiz. Facultad de Ciencias de la Educación.
Departamento de Química-Física. Campus Universitario de Puerto Real.
Polígono Río San Pedro, 11.510 Puerto Real (Cádiz). Tlfno: (956) 016252.
Fax: (956) 016253. E-mail: mariajose.feliu@uca.es
Biblid (0214-137X (2010) 26; 143-150).*

Los que fuimos directores de las Escuelas Normales y ya no podemos contaros por nosotros mismos nuestras experiencias, no podemos estar ausentes en esta revista que recorre los 150 años de su existencia.

Los decanos de la actual Facultad de Ciencias de la Educación y los directores de la Escuela Universitaria de Profesorado de Educación General Básica, cuentan por sí mismos cómo fue su tiempo y nosotros no podemos, por menos, de compararnos con ellos. Por eso hemos decidido hablarles, a ellos y a todos los que estáis ahora en ese Centro Universitario, de esta manera indirecta.

Ahora sois Facultad de la Universidad de Cádiz, que tal vez tenga más rango que nuestras primeras Escuelas Normales, pero no sois más importantes en Cádiz de lo que lo fuimos nosotros. Creemos que habéis perdido algo de ilusión y entidad. Ahora, la Educación es una palabra muy general, abarca muchos ámbitos y estáis esperando que los nuevos planes de estudio, con aires europeos, os abran más campos. Muy bien, ánimo, adelante. Sois necesarios, como lo fuimos nosotros.

La primera piedra de vuestra Facultad fueron las Escuelas Normales de Cádiz. Se crearon al amparo de la “Ley Moyano”, que en su Artículo 109 decía que hubiera una en cada capital de provincia para que “*los que intenten dedicarse al Magisterio de Primera Enseñanza puedan adquirir la instrucción necesaria*”. Fijaos que aparece la palabra Enseñanza, no Educación. ¿Tal vez es una idea menos pretenciosa? El caso es que no pueden estar separadas, así lo entendimos nosotros, y así suponemos que lo entendéis vosotros. También aparece la palabra “instrucción” que ahora, en

vuestro tiempo, parece poco apropiada, pero que en aquél tiempo era muy bonita.

También en esa ley, en el Artículo 114, se crean las Escuelas Normales de Maestras para “*mejorar la instrucción de las niñas*”. Desde vuestras complicadas ideas de las diferencias de género no sabemos cómo podríais interpretar la frase, pero en aquel tiempo fue importante, ¿tal vez un ejemplo de discriminación?, ¿tal vez un ejemplo de progreso en la igualdad? Da lo mismo, el caso es que por ley las maestras fueron tan importantes como los maestros.

Yo, Manuel María Romero, fui nombrado primer director y con un presupuesto de 12000 reales de vellón alquilé una casa en la calle de Las Bulas, en el número seis. Los alumnos ocupaban las plantas más bajas y las alumnas las más altas. ¿Podéis imaginaros lo bien que podían pasarlo, en aquél tiempo, los alumnos y las alumnas a la vez que los “instruíamos”? (en esta frase si conviene decirlo así, no como vosotros que os pasáis el día diciendo alumnos, alumnas, profesores, profesoras, etc. por si alguien no conoce la diferencia). El día nueve de octubre de 1857 anunciamos en la prensa local la apertura de la matrícula y comenzamos las clases. Estuve once años de director, en la misma casa y con siete profesores.

A Don Manuel María Romero le sucedo como director en 1869, yo, Luís Oliveros Moreno. Separamos las administraciones de las dos Escuelas pero todo lo demás permaneció igual. Me siguió a mi muerte Don Antonio Bascón de forma provisional y, en 1900, nombraron director de la Escuela de Maestros a Don Joaquín Navarro.

Tal vez un historiador-sociólogo-psicólogo os podría contar el porqué de la separación de las dos Escuelas en 1883; en definitiva, todo es según el tiempo en que se vive. La Escuela de Maestras se fue a un edificio de la calle Vestuario que ahora se llama Barrié, en el número 8 y nombraron directora a Doña Rosario Torres Lazaga, que es quién sigue con la palabra.

Efectivamente yo, Rosario Torres, fui la primera directora de la Escuela femenina independiente de la de los Maestros. Fue todo un triunfo del espíritu liberal de aquellos años, claro que ahora no es lo mismo, con vuestra mentalidad, hacéis lo contrario. Cada cosa en su tiempo. Permanecí en la dirección hasta 1892 y me siguieron Doña Enriqueta Avendaño, Doña Carmen Tapia Cánovas y, en 1901, cuando la Escuela de Maestros fue engullida en los Institutos Generales y Técnicos y permaneció la de Maestras, era directora de ésta Doña Natalia Muñoz.

Aquellos últimos años del diecinueve fueron muy complicados para España y los vaivenes políticos afectaban al entorno, pero nosotros, los que estuvimos al cargo de estas Escuelas, seguimos con nuestro ritmo, escaso presupuesto, pocos profesores y líos administrativos con los de “arriba” y alguno entre nosotros¹, tal como vemos que seguís ahora. Cambiamos los planes de estudio tres veces en cuatro años, ¿qué os parece?

Cuando me nombraron a mí, Natalia Muñoz, era profesora de labores, sólo para las alumnas, claro está, y fui la directora de la única Escuela Normal que quedó “viva”: la femenina. A propósito de labores, ¿no habéis visto los dos cuadros bordados que guardáis en el archivo?, los hicieron mis alumnas. Bonitos, ¿no? Ahora hacéis otras cosas llamadas “manualidades”. Volviendo al año 1901, creo que no supieron qué hacer con nosotras y nos dejaron en paz, y así seguimos durante unos cuantos años. Años desastrosos a nuestro alrededor pero seguimos “instruyendo Maestras” que cada vez tenían más problemas cuando ponían en práctica sus “competencias profesionalizantes”, porque el país tenía muchos problemas y el de la Enseñanza Primaria no era importante, era secundario.

Desde 1917 yo, Juan Martínez Jiménez, fui director de la Escuela Normal de Maestros recuperada en 1914, y estuve hasta 1926 que me siguió Don Gregorio Hernández de la Herrera, quien tuvo el honor de ser el director de las Escuelas ya unificadas en 1931.

Tenéis una foto de 1929 de la Tuna Normalista en uno de los armarios del archivo del siglo XX. Uno de los que acompañan a los tunos, perfectamente equipados, debo ser yo, Gregorio Hernández.

Me toca a mí, Concepción Varela Martínez, el turno de palabra. Fui directora de la Escuela femenina, hasta 1931, su última directora. Podéis ver a mis alumnas en una orla que guardáis, muy mal por cierto, en un rincón del archivo. ¿Habéis visto qué guapas eran las gaditanas y qué contentas están de ser Maestras?, ¿vuestros alumnos están contentos de ser Maestros?

En 1931 ya fuimos *Escuela Normal del Magisterio Primario de Cádiz (de Maestros y Maestras*, entonces sí había que especificarlo, era importante, ahora la distinción tiene otras razones). Como veis, los tiempos habían cambiado y ya era conveniente la formación conjunta de ambos “sexos” de Maestros. Juntos, así nacieron muchos amores emocionantes.

¹ Consultar el libro de Alicia Plaza de Prado y Soledad Pascual Pascual: *Los Archivos de las Escuelas Normales de Cádiz, Siglo XIX*. SP. Universidad de Cádiz.

Don Gregorio, nuestro primer director “unificado”, sólo estuvo un año y le seguí como director accidental yo, Francisco Díaz Lorda, hasta 1934 en que fue nombrada Doña Josefina Pascual y yo permanecí como vicedirector. Después me nombraron director de la Escuela Normal de Maestros “Manuel de Falla”, en la calle Adolfo de Castro nº 11, cuando en 1939 se vuelven a separar las dos Escuelas (nuevos tiempos, pero siguen juntas en el edificio, arriba y abajo). Seguí hasta 1957 que me fui a Málaga y dejé la dirección a Don Francisco Serrano Cid, el profesor de Religión.

Mi época comenzó en 1934, soy Josefina Pascual Ríos. Fui nombrada directora en ese año y creo que algunos de vosotros me conocéis por una foto que durante mucho tiempo estuvo colgada en diversas paredes de uno y otro edificio que habéis ocupado. Seguro que la tenéis todavía. Mi nombre figuró a partir de 1968, en la inscripción del rótulo que identificaba el edificio de la calle Duque de Nájera, esa placa de mármol que tenéis puesta en el porche posterior del edificio en el que ahora estáis. ¡Qué ilusión aquel nuevo edificio! Ya no cabíamos en el anterior de la calle Adolfo de Castro, ¿por esa misma razón os marchasteis después al campo? El edificio lo terminaron en 1957 y sigue en el mismo sitio que entonces, frente al Hotel Atlántico, pero ya no es vuestro. Puse unos muebles muy dignos en la sala del Claustro de Profesores, con espejos, consolas, lámparas y grandes cortinajes; estaba preciosa. Algo de esto tenéis repartido en vuestra actual Sala de juntas, el archivo y las entradas a los actuales despachos del Secretario. No lo perdáis del todo, por favor. Las aulas eran muy bonitas. Tenéis algunas fotografías. La de Ciencias Naturales hasta con animales disecados, la de labores con sillitas bajas para bordar mejor. Incluso teníamos medios audiovisuales que todavía conserváis. Fueron años tranquilos, lo pasábamos bien. Hay fotos de los teatros y bailes que organizábamos, ¿las tenéis? Los alumnos en el piso de abajo, las alumnas en el de arriba. Durante mi tiempo, los problemas nacionales no nos afectaron en nuestro día a día. La ciudad de Cádiz dormía aparentemente después de perder tantas cosas y cuando llegó la guerra civil casi ni nos despertamos. Yo dormí inquieta algunas noches a causa de mis antecedentes republicanos y mi procedencia de la Institución Libre de Enseñanza. Mi vocación de Maestra era heredada y completa; mi entrega a la Escuela Normal total, y, con los nuevos aires que soplaron, totalitaria. Sólo la jubilación me apartó de mi puesto y mi deber, y pasé la antorcha a mi hija Marisol que, obediente, la recogió como un servicio. Yo creo que fue una pesada carga, pues ella también ayudaba a su padre, José Manuel Pascual en la clínica que, como médico, fundó. Además, a ella le gustaba la Filosofía. En aquella época los hijos seguían los deseos de los padres, así que Marisol ni siquiera

pensó en otra posibilidad. Tenéis las orlas de 1961, 1962 y 1963; allí estamos todos los que éramos.

Yo sucedí a mi madre en la dirección de la Escuela. Soy María de la Soledad Pascual Pascual, Marisol para todos, ya que mi nombre verdadero siempre me dio mucha pena. Mis apellidos repetidos son fiel reflejo de la herencia al 50% de mis padres. Tiene razón en lo que dice mi madre, pero la Escuela se convirtió en la razón de mi vida y los Maestros en mis amigos. Emocionalmente me vi siempre apoyada por otra profesora de la Escuela que se convirtió en mi amiga inseparable. Con ella compartí las tareas del gobierno del Centro de tal forma que nos alternábamos en tener oficialmente la dirección durante casi veinte años. Con nosotras siempre estuvo Doña Carmen García Surrallés, que os puede contar muchas cosas de esa época.

Me presento, soy Alicia Plaza de Prado, amiga de Marisol y también fui directora de la Escuela Normal, que en ese momento se llamaba Escuela Universitaria de Formación Profesorado de Educación General Básica “Josefina Pascual”. Se había llamado también Escuela de Magisterio y era mucho más cómodo llamarle Magisterio simplemente. Creo que ahora a pesar del nombre tan importante que tenéis todo el mundo sigue refiriéndose a vosotros como Magisterio. ¿Dónde estará ese letrado que os dejasteis puesto cuando abandonasteis la ciudad?

Nosotras dos, Marisol y yo, estuvimos mucho tiempo como directoras. Hicimos algunas reformas en el mobiliario y en el edificio pusimos, en los pasillos de la planta baja, los valiosos azulejos, ya antiguos, de la Facultad de Medicina de la Plaza del Falla que derribaron para hacer un edificio moderno, que desentonó con el entorno de una forma tremenda. Capeamos las revueltas estudiantiles y de los profesores de los años sesenta y de los primeros setenta, sin cambiar un ápice nuestras opiniones, yo, Alicia, más franquista que nadie y yo, Marisol, temiendo por mi Escuela y mis alumnos. El plan de estudios llegó a tener cuatro especialidades y el número de alumnos creció tanto que tuvimos que buscar nuevos profesores para atenderlos. Entraron muchos y algunos nos dieron dolor de cabeza, ¿cómo era posible que los recién licenciados de aquella época pudieran pensar de distinta manera de la que teníamos nosotras? Alicia era más serena, pero yo sufrí mucho. Algunos decían, de todo nos enterábamos, que había que acabar con la “co-ocracia”, (no soy capaz de repetir la palabra entera), pues ahora lleváis unos cuantos años de lo contrario, ¿no?

La verdad es que los profesores estaban poco considerados y no había oposiciones para que pudieran optar a sus plazas definitivas. Me acuerdo cómo protestabais, un día hicisteis un encierro y pasasteis la noche en la Escuela, otro día hicisteis una manifestación por las calles de Cádiz y presentasteis vuestras pancartas a la Infanta Margarita, que fue a la Facultad de Medicina no me acuerdo a qué.

Alguno de los que allí estabais ya queráis meterse en política. Se anunciaba la democracia, ¿te acuerdas Rafael?, ¿te acuerdas Ricardo? ¡Qué miedo eso de los partidos políticos! El desorden otra vez. Pero nuestros verdaderos problemas eran nuestros alumnos. No cabían. Teníamos que mandar de prácticas escolares a un curso cada mes para que un aula quedara disponible y así ir turnando el hueco. Los colegios de toda la provincia, no cabían sólo en los de Cádiz, estaban contentos de tenerlos, pues la mayoría de los profesores que los recibían habían sido alumnos nuestros y nos apreciaban porque siempre fuimos muy cercanas a ellos.

El Rector de la Universidad de Sevilla, de la que dependieron siempre las Escuelas, estaba muy lejos y no teníamos mucha importancia dentro de esa macrouniversidad. Pero en 1979 entramos por la puerta grande en la Universidad de Cádiz, porque fuimos el centro con más alumnos en el momento de su creación, y con ella apareció la democracia en la Universidad que estalló en 1984. Coincidió con la jubilación de Alicia y yo me quedé unos años como profesora de Filosofía, ¡qué placer! Cerramos así esa etapa sin tener que adaptarnos a las elecciones, estatutos y todo eso.

Nos concedieron la medalla de oro de la Universidad unos cuantos años después, por nuestra dedicación y trabajo. Fue José María Jurado quien la promovió cuando era Decano, ¡gracias! No sabéis la ilusión que nos hizo después de pensar que, al final, muy pocos de la Escuela de aquel momento nos apreciaban. La Junta de Facultad nos permitió seguir trabajando en el Centro revisando la documentación que estaba en el archivo. Revisamos todo lo del siglo XIX y lo ordenamos. Como resultado, el Servicio de Publicaciones de la Universidad publicó un libro con todos los datos que obtuvimos y que está a vuestra disposición.

Es José María Gutiérrez Pérez quién nos siguió en la dirección. A él sí podéis escucharle directamente.

Hasta aquí hemos hablado los que ya no tenemos voz. Como todo en esta vida, sois así porque los que os precedimos fuimos a nuestra manera en nuestras circunstancias, y no debéis olvidaros de los hechos que ocurrieron. Seguíis formando Maestros, ahora con “vientos” europeos y,

cuando escribáis en la ficha B las competencias que deben adquirir los futuros Maestros, no os olvidéis de que hay que “instruirlos” para que “instruyan” a los niños, añadiendo de forma explícita la “educación”. También formáis a otros profesionales, pero nos alegra saber que la titulación de Maestro ya va a ser de igual categoría que cualquiera de las otras titulaciones universitarias, es una satisfacción para nosotros. Os deseamos un esfuerzo común en defensa de la profesión-vocación de MAESTRO de niños.

